

LOS MANANTIALES CANTAN
Rosa Aguilar y Agus Díaz Vázquez
15.02 - 06.04.24

MANANTIAL DE CONOCIMIENTO Y EXPERIENCIA

En su poema Manantial (1921), Federico García Lorca se sumerge en los entresijos poéticos del agua, y de este modo enuncia *"Pero el negro secreto de la noche/y el del agua/ ¿son misterios tan sólo para el ojo/ de la conciencia humana?"*. El poeta granadino siempre persiguió aprehender y plasmar, desde una intuición privilegiada, la totalidad lírica de la naturaleza. Dicho afán le condujo a crear sus célebres metáforas volitivas, esto es, cuando las cosas y los seres quieren ser otros en un anhelo de totalidad existencial. Pero este tipo de metáfora es especialmente hiriente en la obra de Lorca porque se trata de una voluntad imposible, las cosas y los seres quieren ser lo que no son y nunca podrán ser. Y es en esta limitación en la que nos hallamos: la estrella, la luna o el chopo revelan nuestras frustraciones, miedos y deseos más oscuros. Al fin y al cabo, el agua fue el primer espejo en el que nos miramos.

Rosa Aguilar y Agustín Díaz Vázquez acuden al manantial a escucharlo cantar y, como Lorca, no logran descifrar su misterio, así que cada uno emprende una exploración pictórica que persigue desentrañar sus secretos y que, inevitablemente, desvela las construcciones iconográficas que los urbanitas (casi todos los que vivimos alejados del mundo rural) hemos elaborado y proyectado históricamente en torno a la naturaleza y sus elementos.

Ambos creadores inventan una naturaleza que es espacio de protección primitivo para el ser humano, un lugar idealizado, amable, un *locus amoenus* en el que brota nuestro fondo animal. No existe confrontación con ésta, no es amenazante ni sublime sino, más bien, una suerte de ensoñación *naïf*: el verdor blanquecino del campo en Aguilar o la espesura selvática en Díaz Vázquez son estampas que, hoy día, echamos en falta. Hablan, eso sí, de lo que fue la naturaleza en otro tiempo: un paisaje nutrido y pausado. Un paisaje perdido, al fin y al cabo, pero que ellos rescatan para nosotros.

La pintura de Rosa Aguilar se sitúa entre el mito y el logos. Así, algunas de sus obras están protagonizadas por elementos que vinculan naturaleza y matemáticas como la espiral del caracol (el célebre número áureo descrito por los Pitagóricos), o los fractales, patrones de crecimiento visibles en las hojas de las plantas. Sus escenas nos trasladan a una reflexión filosófica antigua que se pregunta sobre el "arjé" o principio de las cosas. La mano que se sumerge en el agua y observa su fluir, bien podría ser la del mismo Thales de Mileto, quien encontró en este elemento el origen del universo. Conviven con estas referencias más cercanas a lo científico, escenas de ninfas que ordenan su cabello con peines marinos, y de esta manera, la naturaleza de Aguilar no es producto solo del estudio humano, sino también de una narración ficticia que en su momento dio sentido a nuestra existencia.

Desde el conocimiento ancestral nos desplazamos al conocimiento experiencial. El refugio natural que Agustín Díaz Vázquez recrea en sus pinturas resulta cercano a la "Joie de Vivre" de Matisse: en una arcadia selvática, sus personajes cabalgan libremente, reposan sobre la arena o alimentan a los pájaros con pequeños frutos. El pintor nos invita a disfrutar de una naturaleza primitiva y, en cierta manera, extinta. Los seres humanos son en este entorno como el buen salvaje, individuos no civilizados, desinteresados, pacíficos y tranquilos que viven alejados de la codicia, la ansiedad y la violencia urbana. *"El hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe"*, enunciaría Rousseau. Estos individuos selváticos disfrutaban desnudos y en comunión con el mundo animal y vegetal, pues solo la desnudez manifiesta la verdad material del ser humano (como desnudo está el zorro o la palmera).

Resulta imposible observar el diálogo pictórico entre Rosa Aguilar y Agustín Díaz Vázquez sin sentir cierta añoranza y culpa. Pienso en esa naturaleza perdida que, verano a verano, es pasto de las llamas, o en esa frondosidad amazónica que hoy día es una calva en el corazón de Brasil. ¿Volverá a conocer el ser humano la naturaleza preindustrial que nos ofrecía aire limpio y recursos generosamente? La pintura de Aguilar y Díaz Vázquez es objetivamente bella en su forma, su color y sencillez, sin embargo, resulta un eco o un lamento de aquello que tuvimos y no supimos cuidar. Como tristemente ocurre en las metáforas lorquianas, las cosas que ellos representan quieren ser lo que no son y nunca podrán ser.

Regina Pérez

LOS MANANTIALES CANTAN
Rosa Aguilar y Agus Díaz Vázquez

FECHAS DE LAS EXPOSICIÓN: del 15 de febrero hasta el 6 de abril de 2024.
LUGAR: Di Gallery. Calle Muro de los Navarros 66. 41003, Sevilla.

MANANTIAL. 1919 (Fragmento)
Federico García Lorca

La sombra se ha dormido en la pradera.
Los manantiales cantan.

Frente al ancho crepúsculo de invierno
mi corazón soñaba.
¿Quién pudiera entender los manantiales,
el secreto del agua
recién nacida, ese cantar oculto
a todas las miradas
del espíritu, dulce melodía
más allá de las almas...?

Luchando bajo el peso de la sombra,
un manantial cantaba.
Yo me acerqué para escuchar su canto,
pero mi corazón no entiende nada.

Era un brotar de estrellas invisibles
sobre la hierba casta,
nacimiento del Verbo de la tierra
por un sexo sin mancha.

Mi chopo centenario de la vega
sus hojas meneaba,
y eran hojas trémulas de ocaso
como estrellas de plata.

El resumen de un cielo de verano
era el gran chopo. Mansas
y turbias de penumbra yo sentía
las canciones del agua.

¿Qué alfabeto de auroras ha compuesto
sus oscuras palabras?
¿Qué labios las pronuncian? ¿Y qué dicen
a la estrella lejana?
¡Mi corazón es malo, Señor! Siento en mi carne
la implacable brasa
del pecado. Mis mares interiores
se quedaron sin playas.
Tu faro se apagó. ¡Ya los alumbraba
mi corazón de llamas!
Pero el negro secreto de la noche
y el secreto del agua
¿son misterios tan sólo para el ojo
de la conciencia humana?
¿La niebla del misterio no estremece
el árbol, el insecto y la montaña?
¿El terror de las sombras no lo sienten
las piedras y las plantas?
¿Es sonido tan sólo esta voz mía?
¿Y el casto manantial no dice nada?

Mas yo siento en el agua
algo que me estremece..., como un aire
que agita los ramajes de mi alma.

¡Sé árbol! (Dijo una voz en la distancia.)
Y hubo un torrente de luceros
sobre el cielo sin mancha.

Yo me incrusté en el chopo centenario
con tristeza y con ansia.
Cual Dafne varonil que huye miedosa
de un Apolo de sombra